

ASIMETRIAS INTERNACIONALES, REALIDADES NACIONALES

David Ibarra

21 de enero de 2005

En mi artículo anterior (10 de enero) traté de puntualizar las condiciones de arranque de las economías de América Latina y México al comienzo de 2005, tomando en consideración los factores que pudiesen limitar o revertir la recuperación mundial.

Hoy abordaré con mayor detalle algunas de las principales asimetrías en el manejo macroeconómico de los principales centros de la producción planetaria que, por falta de coordinación entre sí, ensombrecen las perspectivas de todos. Y, de otro lado, haré referencia a la pasividad dominante, injustificada, de las políticas nacionales.

Hasta casi fines del año anterior, los Estados Unidos adoptaron una política monetaria sin cortapisas que llevó en 2001 a reducir la tasa de interés de los fondos federales cuatro veces, hasta un nivel de 1.75% que luego se comprimió todavía más a 1.25% (2002), inyectando un poderoso estímulo monetario. Como si ello fuese insuficiente, se dio un sesgo también expansionista a la política fiscal. Desde 2001, se instrumentaron recortes impresionantes a los impuestos federales. Luego se emprendió el combate al terrorismo y con las intervenciones en Afganistán e Irak se elevó sustancialmente el gasto público estadounidense.

Los resultados están a la vista. La economía norteamericana salió del receso y se transformó en la locomotora de la economía mundial, antes aquejada por la caída del comercio y crisis o contagios financieros múltiples en 2001. Por

influencia principal de las acciones estadounidenses y del ascenso vertiginoso de China y la India, a fines de 2004 el panorama recesivo se había revertido con ascensos del producto global del 5%.

Sin embargo, todo esfuerzo económico contracíclico, no deja siempre de reconocer costos. La caída en las tasas de interés desalentaron al ahorrador norteamericano restringiendo más las cifras ya sensiblemente bajas de ese país. De la misma manera, las cuentas fiscales de los Estados Unidos pasaron violentamente de un superávit del 1.3% del producto en 2000 a un déficit de 4.9% en 2004. Como consecuencia, la deuda pública neta norteamericana subirá del 50% al 65%-70% del producto a comienzos de la próxima década, impulsando al alza las tasas de interés, fenómeno del que no escapará el mundo. Más aún, también los déficit comercial (5% del producto) y fiscal de los Estados Unidos podrían requerir de réditos altos a fin de convencer a los inversionistas del exterior en seguir transfiriendo ahorros, absorbiendo valores o comprando activos de ese país para financiarlos.

Como consecuencia, la Reserva Federal ha comenzado a subir las tasas de interés en los últimos meses. En cambio, están pendientes de corregir los déficit fiscales que se verían agravados por tasas de interés en ascenso, los derechos sociales de una población que envejece, complicados por la oleada excepcional de varios millones de personas nacidas al calor de la Segunda Guerra Mundial que pronto se pensionarán.

En definitiva los Estados Unidos alteran la configuración de su política macroeconómica. De estrategias puramente expansionistas se está pasando a

mantener contra viento y marea el impulso del gasto fiscal, mientras la Reserva Federal queda forzada a instrumentar restricciones. Ahora bien, si el peso del acomodo macroeconómico se sitúa en el manejo monetario (tasas de interés al alza) y cambiario (depreciación del dólar), la economía norteamericana generará menos estímulos al comercio internacional, al crecimiento del mundo y también a la formación de capital, a las inversiones de largo plazo.

Europa enfrenta un problema similar, complicado por la depreciación del dólar que restringe su capacidad exportadora. El Pacto de Estabilidad que limita los déficit de los gobiernos miembros ha dejado de cumplirse ante presiones políticas considerables. En contraste, el Banco Central Europeo, incluso por razones de prestigio, sigue políticas restrictivas, aun ante el descenso drástico de las tasas de interés en los Estados Unidos. Así, los dilemas de una política fiscal expansiva y una política monetaria contractiva, dificultan el impulso al crecimiento de la inversión en la Comunidad Económica Europea, tanto como la derrama de efectos positivos en la economía planetaria.

Los países emergentes de Asia instrumentan estrategias distintas. En general adoptan posturas fiscales ortodoxas, mientras implantan políticas monetarias expansivas, combinadas con intervenciones de los bancos centrales en los mercados cambiarios a fin de mantener sus paridades subvaluadas. Esas políticas han sido eficientes desde el punto de vista de favorecer el crecimiento exportador, aprovechar los mercados internacionales y liberar recursos internos para el ahorro y la formación de capital. El enfoque, apropiado en una etapa en que se busca dar alcance a los países industrializados, no puede mantenerse indefinidamente. Así lo prueba la experiencia del Japón, una vez que le fue necesario desarrollar actividades no directamente relacionadas con el sector exportador y cuando el consumo interno comenzó a copiar estándares

mundiales. China ya implanta medidas contraccionistas ante el riesgo del sobrecalentamiento de la economía y de posibles problemas financieros. En todo caso, las políticas asiáticas propician desequilibrios mundiales al desplazar un tanto artificialmente a otros competidores y llevar a una acumulación insostenible de reservas de divisas que a la postre comprometerán la estabilidad de los mercados financieros internacionales.

Frente a fenómenos menos propicios, si el mundo ha de crecer y superar los riesgos que lo aquejan, las naciones sobre todo las del Primer Mundo necesitan ponerse de acuerdo, repartir lo más equitativamente los beneficios y costos del consenso resultante. De otra suerte, la inestabilidad, las crisis, serían compañeras inseparables de la interdependencia económica.

En ese contexto, el caso de México parece singular por cuanto los objetivos gubernamentales han abandonado la pretensión del crecimiento e incluso el aprovechamiento pleno de la demanda internacional, de las oportunidades del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Al parecer los únicos objetivos a los que permanecemos fieles son los de procurar la estabilidad de precios y dismantelar la capacidad de promoción estatal del desarrollo. El nuestro es el único país donde se han implantado simultáneamente durante más de dos décadas políticas monetarias y fiscales de corte rigurosamente contraccionistas, con la única válvula de escape del endeudamiento externo, cerrado en buena parte de la década de los ochenta y del que posteriormente se usó y abusó hasta la crisis de 1994-1995. En los años ochenta, esa mezcla de políticas se justificó en función de los desequilibrios fiscales y de pagos que llegaron a impulsar inflaciones anuales hasta del 150%. Pero ya en el siguiente decenio habían perdido relevancia al hundir al país en

crecimientos breves y reducidos, interrumpidos por crisis y retrocesos cada vez más prolongados.

Por falta de apoyos oficiales y el triple efecto contraccionista fiscal, monetario y cambiario (sobreevaluación casi permanente), la estrategia medular de crecimiento hacia fuera ha comenzado a flaquear, como también la inversión y el ahorro internos. Entre 2001 y 2004, el producto se elevó poco, un cuarto por debajo del promedio latinoamericano. Las exportaciones subieron 15%, frente al 24% del conjunto de América Latina, región que logró un superávit comercial acumulado en esos años de 125 mil millones de dólares, mientras nuestro país registró un déficit de 31 mil millones.

En México se ha tomado como artículo de fe que la sabiduría de los mercados propios o foráneos, resolverán sin ayuda los problemas nacionales del desarrollo, el empleo, la distribución del ingreso y la inserción saludable del país en la globalización. Sin embargo, la realidad parece desmentir tal afirmación, como lo atestigua la contracción de los ritmos históricos de crecimiento, la difusión de la pobreza, la descomposición social, los déficit de pagos. Otra vez se confirma una vieja lección de la historia: los mercados resuelven muchos problemas, no todos, y suelen propiciar ajustes drásticos, de costos humanos enormes, en ausencia de paliativos estatales.

La conclusión en el caso mexicano es inescapable: el juego político que antes determinaba las directrices nacionales del desarrollo y lograba por consenso o autoritariamente la convergencia de acciones y la conciliación de puntos de vista, ha cedido funciones, se ha dejado desplazar por una macroeconomía ademocrática que dicta las orientaciones fundamentales del país. De aquí que la política quede imposibilitada de satisfacer demandas ciudadanas

justificadas --ante el temor de las acusaciones de populismo-- o de innovar en el diseño de políticas en beneficio de los intereses nacionales --por temor a la supuesta reacción de los mercados foráneos--, como hacen los países en desarrollo más exitosos. Por eso sorprende la afirmación de que la estabilidad macroeconómica de hoy resulta incólume ante los desbarajustes políticos, cuando de hecho la tiranía económica explica el desprestigio de una política firmemente aherrojada.

Como resultado, se pierde la capacidad de prever, de anticipar y contrarrestar riesgos siempre presentes. Examínense dos casos: las reservas petroleras se extraen a un ritmo excesivo que no se compadece de las magras inversiones dedicadas a la exploración y desarrollo de nuevos yacimientos. El lento crecimiento de la economía y luego, en escala menor, la ausencia de reformas, explican las penurias fiscales que llevan a expoliar y poner en riesgo la salud de la más importante empresa nacional. Aún más significativo, poco o nada se hace por paliar el carácter extraordinariamente restrictivo de las políticas macroeconómicas. La recuperación de los procesos de formación de capital y el fortalecimiento del sector exportador, demandan de algún aflojamiento de la política monetaria y de un activismo más decidido del gasto público en la modernización de la infraestructura nacional y en el fomento industrial.

La pasividad de las políticas públicas está creando vacíos, carencias, en múltiples áreas de la vida social; fenómenos que sólo podrán subsanarse cuando la política --nacida de una democracia social operante-- recobre las riendas cedidas a los mercados, sin duda eficientes de modo restringido, pero carentes de sentido estratégico y frecuentemente deshumanizados.